

Rewilding, tracking y vida salvaje, piezas clave para el desarrollo rural con la sociedad digital

Por BV/FAPAS

La evolución de la sociedad post-industrial trabaja a favor de la naturaleza. Los territorios de clima más extremo y de orografía más abrupta no pueden competir con la ganadería y la agricultura de zonas altamente productivas, lo que ha motivado que la población rural que habitaba las zonas marginales haya emigrado de forma paulatina a las ciudades. La falta de relevo generacional, al no interesarse la juventud por algo no rentable, provoca que grandes extensiones del país queden abandonadas.

El proceso aún aumentarán más si, como se anuncia, en 2020 se quitan las ayudas a las explotaciones agropecuarias no rentables y se aplica ese dinero a promover un desarrollo válido para nuestros jóvenes, como es el sector tecnológico, cultural y artístico. Una idea que ya expuso el primer ministro británico Tony Blair en 2005, durante el turno de Gran Bretaña al frente de la presidencia del Consejo de Ministros de la Unión Europea. La propuesta fue aceptada por los estados miembros, pero luego España y otros países incumplieron lo acordado.

La flora y la fauna salvaje se recupera en los espacios abandonados de forma natural y espontánea. Empieza el matorral; brotan los árboles; aumentan las poblaciones de corzo y jabalí. Tras ellos, el lobo, las aves de presa, los depredadores en general, conquistan el campo. Un cambio de ciclo, en el que las zonas menos fértiles y poco productivas tienden a volver a su estado original salvaje, tras desaparecer la población rural que vivió hasta hace poco en ellas en condiciones neolíticas.

Pero hay tres especies de animales, claves para los ecosistemas europeos por ser esenciales para mantener el equilibrio ecológico, que ya no volverán nunca jamás por sí mismas, por mucho abandono rural que venga. Son los grandes herbívoros salvajes, que el hombre erradicó por completo de su estado libre: el uro, el bisonte y el tarpán. Los animales más representados, junto con el ciervo, en el arte paleolítico que decora las cuevas y los abrigos de pétreos de España y del sur de Francia.

Que los pintaran, una y otra vez, los recolectores-cazadores que poblaron Iberia desde hace 40.000 años hasta hace nada más que 9.000, indica que eran piezas claves, no solo de los ecosistemas, sino también de la vida de los europeos arrinconados por los glaciares durante decenas de miles de años en la mitad sur del continente.

Desde 1960, el despoblamiento rural de España se va consumando de forma inexorable. Los intentos de los políticos por contrarrestar la tendencia de la población rural a migrar a la ciudad fracasaron. Invirtieron grandes sumas del escaso dinero público, que nos sacan con los impuestos, para mantener de forma artificial, con subvenciones y primas ganaderas las actividades no rentables de unos pocos, dispuestos a vivir en el medio rural si se les subvenciona. Pero al emplear muchos de los beneficiarios ese dinero para dar estudios a sus hijos, y comprar pisos en las ciudades, no solo no se ha frenado el abandono rural, sino que la PAC y las políticas de desarrollo rural lo han acelerado y agudizado.

El gasto se justificaba inicialmente por la seguridad alimentaria. La estrategia militar en una posible guerra contra el bloque comunista motivó la Política Agraria Comunitaria, PAC, orientada a mantener estructuras agropecuarias de la Unión Europea aunque no sean competitivas en el mercado mundial, “por si algún día hay que autoabastecerse”.

Superada la Guerra Fría, y en un mundo ya tan globalizado que la autarquía es una quimera total, se ha cambiado el argumento para continuar repartiendo esos miles de millones de euros. Ahora se apela al beneficio ambiental de mantener abiertos los montes para dificultar los grandes incendios forestales y ayudar a los procesos ecológicos. Pero, tener grandes herbívoros en el monte que cumplan esas funciones ecológicas, no requiere subvencionar de por vida con primas ganaderas a nadie. Antes de que hubiera ganaderos con vacas y caballos, España estaba llena de sus ancestros: los uros, los tarpanes, los bisontes y los humanos primigenios.

Rewilding

Se llama rewilding a las acciones tendentes a recuperar, hasta donde es posible, la estructura original de la comunidad faunística de un territorio. Para ello se asilvestran razas domesticadas de bovino y equino y se reintroducen especies desaparecidas.

El caso del bisonte europeo (*Bison bonasus*) es diferente al de uros y tarpanes. Una veintena de ejemplares sobrevivieron cautivos, nunca domesticados, en varios zoos. A principios del siglo XX se formó con ellos una manada que se liberó en el bosque polaco de Bialowieza. De ella descienden los 4.000 bisontes europeos que hay en la actualidad, 2.000 en grandes espacios, o en libertad, y otros 2.000 en pequeñas reservas y recintos zoológicos.

Los uros y los tarpanes corrieron peor suerte. Los últimos ejemplares salvajes de los ancestros de los toros y de los caballos domésticos murieron hace un par de siglos. Pero quedaron sus genes en sus descendientes domesticados. Aunque la mayoría de las vacas europeas procedan de la domesticación del uro asiático y alguna, como la retinta, dicen que de vacas domesticadas a partir del uro africano, y no del europeo, hay especies rústicas ibéricas que podrían tener genes del uro europeo. Lo mismo ocurre con los caballos.

Pero en el rewilding lo principal no es recrear uros y tarpanes genéticamente puros. Basta con recuperar animales con capacidades similares a las de sus ancestros, básicamente que se defiendan del lobo y que aprendan a sobrevivir y a realizar sus funciones ecológicas con la menor tutela posible.

El objetivo del rewilding es conseguir pirámides tróficas completas, con sus herbívoros y carnívoros, lobos incluidos, así como otros depredadores. Un rebaño de bovinos, de equinos o de bisontes, se considera asilvestrado cuando vive bajo la presión de los depredadores. Los grandes herbívoros, sean asilvestrados o salvajes, se defienden del lobo mejor que el ganado, al organizarse en manadas naturales y ser más rústicos y resistentes. Para ello es esencial la estructura formada por un macho dominante y varias hembras. En la ganadería moderna hay rebaños de hasta cientos de vacas con un solo toro, cuando no inseminadas artificialmente.

En los proyectos de rewilding se manejan superficies de 10 a 20 hectáreas por cada animal adulto, frente a las 1 hasta 7 hectáreas de la ganadería de toro bravo y las más intensivas de la ganadería convencional. Los machos dominantes de una manada, sean bovinos, equinos o bisontes salvajes, defienden el territorio de sus competidores, luchando por las hembras. El reparto de la presión herbívora se ajusta así de forma natural a la capacidad de carga de la vegetación.

La menor producción de carne de los herbívoros salvajes respecto a los domésticos, alimentados con piensos y tratado con un remate final en el cebadero que aporta grasa y peso a las reses, se compensa en el rewilding al generar bisontes, uros y tarpanes ingresos adicionales con el turismo y por comercializar su carne en circuitos diferenciados.

Para gestionar estos proyectos hemos iniciado una llamada para atraer a vivir al campo a naturalistas teletrabajadores que quieran deslocalizar su puesto de trabajo, y desarrollarlo a la vez que participan en los proyectos de rewilding, ubicando su residencia en parroquias en declive poblacional. Esto permitiría un tejido humano rural conservacionista y productivo.

Es probable que el humano anterior a la domesticación fuera como es aún el recolector-cazador que llegó a nuestros días, y como deseamos que llegue a ser el hombre del futuro: esencialmente pacíficos, cooperativos, igualitarios, universales, comedidos, ajenos al militarismo, a la dominación, a la jerarquía, al machismo, a la religión, al nacionalismo, al despilfarro y a tantas lacras neolíticas que nos atentan.

No son fantasías *rousseauianas*. Los mil bosquimanos hadzabé de Tanzania, que viven exclusivamente de lo que colectan y de lo que cazan, tienen aún esas características y no se apean de ellas a pesar de conocer desde hace siglos el mundo neolítico.

La recuperación de los valores de los hombres salvajes no domados, es decir, libres, es esencial para el desarrollo de la arquitectura mental de la humanidad de la Sociedad de la Información y el Conocimiento. Un mundo libre, sin fronteras, universal, de teletrabajadores autónomos, con una economía global pero descentralizada, desarrollando empresas cooperativas, con sistemas informáticos de vigilancia y de control que hagan difícil delinquir, en el que el mundo rural sirva para conectar al mundo urbano con la vida libre y salvaje. El rewilding puede generar ese nuevo mundo rural, avanzado y dinámico, que reinvente la conservación de la naturaleza, la ganadería, la caza y hasta las fiestas de los toros bravos y caballos salvajes.

Hay un rechazo creciente en la sociedad actual, particularmente entre los jóvenes, a la caza deportiva o de ocio, a las corridas y encierros de toros y hasta a las sacas de yeguas. Es un fenómeno que los que siguen las tradiciones que les inculcaron de pequeños, no entienden y ridiculizan o combaten. Pero esa hipersensibilidad de una minoría de hoy, es la de una vanguardia que el día de mañana será la de una mayoría social.

Son aun muchos los que se escandalizan de que haya quien se oponga a la caza por considerar inaceptable que se le descerraje un tiro a un animal salvaje, arrebatándose a los suyos sin necesidad alguna, solo por el placer de matar. Lo mismo ocurre con los antitaurinos, incomprendidos por luchar para acabar con fiestas basadas en divertirse viendo acorralar y matar a un toro bravo o marear a una vaquilla, o sacar de sus territorios y derivar a las yeguas salvajes para cortarles las crines y quitarles los potros más crecidos. También es incomprendido el movimiento vegano, que rechaza consumir carne por motivos filosóficos, al no admitir que se mantengan animales domesticados cautivos para sacrificarlos y comérselos.

A los que no entienden estas actitudes, cabe recordarles que también se vituperaba, hace menos de dos siglos, a los que querían abolir la esclavitud de los seres humanos, considerada totalmente normal por todas las culturas neolíticas al ser la esencia de su existencia.

Las sensibilidades avanzadas no son ridículas, como algunos creen, sino la vanguardia de un ser humano por venir que superará con los avances tecnológicos la mentalidad neolítica que aún domina el mundo. Adelantados que anuncian una humanidad más espiritual, en la que primará lo inmaterial, el desarrollo del

intelecto, la creatividad, la no violencia y la libertad, entre otros valores que ya tuvo el hombre antes de la domesticación. Pero entre esos valores también estaba el de cazar y capturar animales para comerlos, aunque con una actitud muy diferente, en la que la faceta depredadora cambia al abordarla como parte del ciclo de la vida, no como una diversión.

Lo que urge abolir y erradicar no es la caza, los toros o las sacas de equinos, sino al hombre neolítico que llevamos dentro. Los humanos debemos aprender a estar integrados y en armonía con el proceso de la vida.

Para el hombre paleolítico, como aún lo es el bosquimano hadzabé de Tanzania, o quien intente vivir en la naturaleza entendiendo y respetando a otros depredadores, la caza, como captura de energía vital, puede ser tan consustancial a su ser como lo es para su antiguo aliado el lobo, para un guepardo o para cualquier otro depredador.

El mayor disparate cometido por los conservacionistas europeos fue prohibir la caza en los parques nacionales africanos metiendo en el mismo saco a cazadores neolíticos, blancos y negros, con los cazadores recolectores paleolíticos que aún quedan, a pesar de su exterminio por ganaderos blancos y negros en los últimos 200 años.

Prohibir cazar a un bosquimano o a un pigmeo salvaje es una aberración que solo se puede entender como fruto de la ignorancia. Es como si de repente, de todos los depredadores que cazan en el Serengeti, se decidiera excluir al licaón, por haber prohibido la entrada al parque nacional a los perros domésticos y no entender ni ver que el perro salvaje africano nada tiene que ver con ellos.

En Europa, no solo se necesita recuperar al uro y al tarpán a partir de sus descendientes domesticados. Hay una tercera especie, clave en los ecosistemas, también domesticada y erradicada hasta el último de sus ejemplares en estado libre, que también habrá que recuperar a partir de sus descendientes domesticados, o al menos sus valores, ya que deben de volver a formar parte de nuestra esencia. Es el *Homo sapiens* magdalenense, exterminado por los pastores y agricultores neolíticos hasta no quedar ni uno. El europeo de hace 10.000 años, que capturaba y cazaba sacralizando a sus presas, integrado en el flujo de la vida, como indica el arte rupestre y los recolectores–cazadores que aún quedan en África.

Fue extinguido en libertad, pero sigue en los genes de todos los europeos, más en los de algunos que de vez en cuando afloran con un sentido de la pertenencia, espíritu de rebeldía y ansias de libertad tan fuera de lo común, como es el caso de algunos naturalistas, que parecen de otra especie.

El rewilding reinventa, pues, hasta al propio hombre, además de a la conservación de la naturaleza, la ganadería, la caza, los toros o los rodeos, devolviendo su esencia a actividades que en origen fueron consustanciales al hombre paleolítico cuando era una pieza más de la cadena trófica.

Capturar y comer carne de animales silvestres, o asilvestrados, debe servir a los europeos que apoyen el rewilding para entender el valor de lo libre con respeto y espiritualidad. Siendo el paleolítico ateo –aunque lo sacralice todo en una conexión espiritual con la vida que ya quisieran para si los místicos– cabe compararlo con el ritual cristiano de la comunión.

Es esencial recuperar el sentido de la transcendencia que tenían los recolectores–cazadores paleolíticos cuando capturaban y consumían grandes presas, a tenor de lo que se sabe de los pueblos primitivos actuales y la interpretación que cabe hacer del arte rupestre. Arrebatarse vida para incorporar la energía de la presa a uno mismo, sin despilfarrar ni un gramo de biomasa, y no cazando más de lo necesario para nutrirse, son normas sagradas de la naturaleza salvaje.

El hombre paleolítico sacralizaba el acto de cazar o capturar lo libre con desagavios, manteniendo una comunión con lo vivo de lo que se alimentaba, traducida en danzas y narraciones que aún hacen las etnias que llegaron a nuestros días. El *rewilding* debe hacer entender a toda la sociedad que consumir carne de seres libres, cazados con respeto, de la forma menos estresante posible –que es el arco si se sabe usar– es ayudar a restaurar el mundo prístino perdido, casi olvidado, que corresponde al hombre verdadero, como se autodenominan así mismos los pueblos paleolíticos que aún quedan, y que entroncan con el humano del futuro.

Tracking

Los herbívoros asilvestrados no se pastorean, se les sigue. Se les maneja lo mínimo posible. Su seguimiento se hace de igual manera que el de cualquier otra especie de la fauna salvaje, por contacto visual directo, siguiendo sus rastros o marcándolos con radiocollares.

El tracking, o seguimiento de la fauna rastreando, tiene la función de controlar las poblaciones de fauna de un territorio. El hombre paleolítico desarrolló esta habilidad a niveles difíciles de entender por el hombre moderno. Un estudio publicado en 2012 por Sarah Tishkoff *et al.*, de la Universidad de Pennsylvania, demuestra que los bosquimanos y pigmeos tienen varios millones de variaciones en su genética, referidas a los sentidos, que hemos perdido los humanos domesticados.^{1 y 2}

Igual que nos es imposible situarnos en el nivel auditivo de un búho, en el visual de un halcón, en el táctil de un elefante, en el gustativo de una serpiente o en el olfativo de un lobo, no podemos ponernos en las capacidades mentales del *homo sapiens* salvaje que dependía de su cerebro y de los sentidos para sobrevivir.

Las huellas que dejan manos, pies, colas o picos en el suelo; los arañazos de garras y cuernas para marcar árboles o paredes de las cuevas; las ramas rotas al trepar en busca de frutos; las piedras volteadas en busca de insectos; los pelos que quedan enganchados en las cortezas de los árboles al refregarse para marcarlos; los pasos de setos y caminos; las sendas; los excrementos; los marcajes de orina; la dirección de una hierba inclinada; las camas; las bañeras; los nidos; las madrigueras; los sonidos; los olores, son tantos y tantos los códigos de lectura que tiene el rastreo que su uso combinado y diario fue clave para la especie humana desarrollara el cerebro.

Poco dotado para la fuerza bruta, sin colmillos, ni velocidad, ni otras facultades, los humanos han tenido en la necesidad de procesar, a velocidad de computadora, tanta información obtenida al rastrear las presas, que la evolución les forzó a desarrollar el cerebro como órgano especializado para la supervivencia. El animal poca cosa en casi todo –pinza con el pulgar y visión frontal aparte– salió por donde pudo, que fue haciéndose inteligente.

A esas habilidades, los rastreadores modernos han añadido una fundamental, que son las cámaras de fototrampeo. También el seguimiento por marcaje con emisores, los drones dotados de microcámaras y otras tecnologías. La información que se obtiene permite comprobar el estado de las poblaciones de animales o ver si se alcanzan los objetivos de los proyectos de reintroducción de especies. Igualmente aporta datos para la investigación científica.

¹ TISHKOFF A. *et al.* 2012. "Evolutionary History and Adaptation from High-Coverage Whole-Genome Sequences of Diverse African Hunter-Gatherers" Elsevier Inc. "Cell" pp. 457– 469.
[http://www.cell.com/abstract/S0092-8674\(12\)00831-8](http://www.cell.com/abstract/S0092-8674(12)00831-8)

² <https://blogs.scientificamerican.com/talking-back/out-of-africa-startling-new-genetics-of-human-origins/>

Pero el tracking también puede tener una aplicación adicional, de una fuerza extraordinaria, para involucrar a la sociedad en la acción conservacionista e incluso para desarrollar una economía que haga rentables zonas rurales marginales y éstas pasen de ser subsidiarias y en declive a ser un motor económico que recupere el tejido social rural y reequilibre la distribución de la población.

Hay ya varios miles de personas en España que tienen como profesión el privilegio de desempeñar una actividad laboral consistente en seguir a diario, durante durante ocho, cuando no doce, horas diarias, a las especies emblemáticas de la fauna salvaje, como el oso, el lince, el quebrantahuesos, el lobo, los bisontes y otras especies, o la migración de aves, la fauna cercana o los descubrimientos paleontológicos y antropológicos del hombre primitivo.

Una gran mayoría son vocacionales y, aunque los sueldos del sector suelen ser más que modestos, no cambiarían su trabajo por nada del mundo. De hecho, el común de los mortales pagarían por desempeñar su labor. Ellos lo hacen cobrando. Su sueldo sale de los impuestos de esos mortales con trabajos de esclavos, que ven cómo les deducen la mitad de lo que ganan, vía impuestos directos e indirectos, para destinarlo a pagar a esos rastreadores que ellos quisieran ser, y al resto de funcionarios que proporcionan servicios, por supuesto.

En este proyecto hacemos que los mejores rastreadores que se dedican a seguir fauna, compartan lo que ven y observan a través de los medios de comunicación para facilitar el acercamiento a las naturaleza de los amantes de la naturaleza.

Para dar salida a esta idea estamos diseñando la plataforma de comunicación *WildEuropa* y seleccionando naturalistas de campo que trabajan de rastreadores en el seguimiento de especies emblemáticas en proyectos de entidades públicas y privadas a los que proponemos trasladar su día a día con una metodología de comunicación que haga que el público pueda acompañarles virtualmente en sus salidas diarias al campo. Oír o leer sus comentarios y ver sus observaciones de especies emblemáticas, en zonas donde el ciudadano normal tiene prohibido el paso, con vídeos, fotos, audios y textos que retransmiten en semidirecto lo que captan a diario sus ojos, las cámaras de fototrampeo y otros sistemas de registrar información, todo ello editado adecuadamente por un equipo de redacción que le da emoción y atractivo.

La vida salvaje es una pieza clave de la sociedad digital. En paralelo a la liberación de territorio, es preciso “asilvestrar” también la mente humana. Hacer que el sentido de lo libre y los valores que fueron básicos en el hombre primigenio, vayan en alza.

Las nuevas generaciones tienen un acercamiento mental y un respeto por los animales como nunca antes se había producido. No solo afecta al maltrato de la fauna y la flora, sino al rechazo de comportamientos sociales neolíticos, como la corrupción, la violencia, la estafa, el despilfarro o la dominación. Sin embargo, no se están incorporando al movimiento asociativo de defensa de la naturaleza como cabría esperar.

Hace falta reinventar el concepto de conservación de la naturaleza, tanto para estimular a la sociedad a secundar ese empeño como para que el aparato administrativo y burocrático que se ha creado a su alrededor se reconvierta en un tejido humano eficaz, que haga posible integrarse en la vida en el campo a todos aquellos teletrabajadores que quieran sumarse a iniciativas y proyectos de *rewilding* en España.

Plataforma WildEuropa

La Plataforma *WildEuropa* aprovecha las oportunidades que ofrece la era digital para recuperar lo libre, lo salvaje y sus valores, que son a los que aspiramos que alcance la sociedad de la información y el

conocimiento e intenta montar ese medio de comunicación que cuente el día a día de personas que tienen el privilegio de trabajar con especies emblemáticas y temas claves para lograr que compartan sus vivencias virtualmente.

Hay un grupo en *whatsapp* de “WildEuropa”, que recoge la información que se va generando, al que invitamos a todo interesado.

La lista de rastreadores contactados está en www.wildspain.org

Los Blogs/WEB temáticos, con páginas en la redes sociales de *facebook*, *twitter*, *linkedin* y otras, cubren de momento las especies y temas siguientes :

Blogs de rastreadores en “WildEuropa”:

01. Homo salvaje paleolítico
02. Oso
03. Lobo
04. Lince
05. Rapaces
06. Quebrantahuesos
07. Bisontes
08. Uros (toros y vacas salvajes)
09. Tarpanes (caballos y yeguas salvajes)
10. Migraciones
11. Naturaleza cercana (cuaderno *El Cárabo*)
12. Árboles monumentales

Los seguidores de esta plataforma de comunicación sobre el día a día de la fauna emblemática se dan de alta aceptando unas condiciones de uso que permitan financiar con los *bigdata* la tarea de los comunicadores que hacen posible la plataforma y la de los naturalistas de campo que la protagonizan.

Unas herramientas de medición, seguimiento e impacto de cada entrada, permite hacer un reparto equitativo de hipotéticos ingresos. La información se emite en inglés y castellano.

Hay páginas en Facebook y perfiles en Twiter de una veintena de corresponsalías internacionales, para que en cada país circulen las entradas de las diferentes páginas y redes temáticas.